

logía pobres, que viven en comun. Este colegio ha servido de modelo á todos los que se han fundado después; antes de aquel tiempo no había en Europa comunidad alguna en que los eclesiásticos sucesores viviesen y enseñasen en comun.

El fundador había sido hecho canónigo de París en 1238. En su testamento, otorgado el año 1270, legó á su colegio todo lo que hasta entonces le había dado, y el resto de su sucesión que era considerable á Godofredo de Bar, otro canónigo y amigo suyo. Elegido este dean en 1274 y fiel á las intenciones del testador que acababa de morir, trasladó esta herencia al colegio de la *Sorbona*.

Roberto ha dejado muchas obras, de las cuales unas se han impreso en la *Biblioteca de los Padres*, ó en otras partes, y las demás se hallan manuscritas en la biblioteca de la *Sorbona*. Los estatutos que formó para su colegio en treinta y ocho artículos subsisten todavía, y son en cierto modo el alma de la sociedad que fundó; una igualdad fraternal entre los miembros, que la componen, un constante respeto hácia los usos antiguos, un espíritu verdaderamente eclesiástico parecen asegurar su perpetuidad. De allí han salido después de mas de cuatro siglos una multitud de sabios teólogos, tan distinguidos por su piedad, como por sus talentos, que han contribuido y contribuyen todavía á la defensa de la fe, al sostenimiento de la sana moral, á la edificación de los fieles, á la instrucción de la juventud, al honor del clero francés y al consuelo de los encarcelados. Esta sociedad está encargada del triste y penoso, pero caritativo ministerio, de asistir á los criminales condenados á muerte.

El cardenal de Richelieu se immortalizó, haciendo reedificar el año 1629, la Iglesia, la casa y las escuelas de la *Sorbona* con una magnificencia digna del lugar que ocupa, y colocando en ella una selecta biblioteca; así es que ha venido á ser el segundo fundador. Su sepulcro, que está en la Iglesia, es una obra maestra de la escultura francesa. Puede decirse de esta sociedad, sin adulación, que es una de las mas bellas instituciones que hay en la Iglesia. *Hist. de l'Église gallic.*, t. 12, l. 34, hácia el año 1272; *Vidas de los PP. y de los mártires*, 23 de agosto; *Diet. hist. de Ludovent*, etc.

Sorbónico. V. CRATO, DOCTOR.

Spiriteño. V. HERCERIA.

Spiracton. V. TRINIDAD.

Staurolatrás. V. CAINZARIANOS.

Stevensistas. En 1802, Cornelio Stevens, que había administrado la diócesis de Namur

en calidad de vicario general, reconoció sin dificultad la legitimidad del concordato y la misión de los nuevos obispos, pero como se mandaba á los eclesiásticos suscribir una fórmula de sumisión, no solamente al concordato, sino también á la ley del 18 germinal año X, que comprendía los llamados *artículos orgánicos*, véase esta palabra, protestó contra las penas eclesiásticas con que el nuevo obispo de Namur amenazaba á los que rehusasen someterse. Después que cesó en sus funciones de vicario apostólico por consecuencia de la toma de posesion de los nuevos obispos de Namur y de Lieja, continuó como doctor particular dirigiendo al clero y á los fieles cartas, avisos é instrucciones en que condenaba cuanto tuviese la menor apariencia de aprobación tácita de la ley germinal.

En 1803, algunos filósofos de la diócesis de Namur, á cuya cabeza se hallaban tres sacerdotes, formaron un verdadero cisma, vituperando *Stevens* en su oposicion cismática, y como no reconocían mas que á él por su jefe espiritual, á causa de su antigua cualidad de vicario general, declaró á los sacerdotes que les recogiera todas sus facultades. Aunque *Stevens* haya rechazado siempre á estos cismáticos, se los llama *Stevensistas* por un descuido que ha dado origen á los juicios erróneos formados sobre él. Mas adelante los tres cismáticos se llamaron *no-comunicantes*.

Stevens trató de ilícito el juramento de la legion de honor, como que incluía la ley germinal. Cuando apareció el catecismo del imperio, no solamente enseñó que los curas no podían adoptarle, sino que quería que un cura á quien se le enviaba declarase abiertamente su oposicion. En tiempo del decreto de 18 de febrero sobre las hospitalarias, sostuvo que las antiguas hospitalarias no podían en conciencia adoptar los estatutos imperiales. Se alzó con vigor contra los decretos de 1809 que establecían la universidad. Después de la bula de excomunion contra el emperador, escribió que no comprendía cómo un cura que continuaba las oraciones públicas por Napoleon podría estar tranquilo ante Dios y la Iglesia.

Los escritos de *Stevens* fomentaron el descontento en Bélgica, así que la policia pregonó su cabeza. Se salvó de las pesquisas vieniendo desde fines de 1802 en un profundo retiro en Fleurus, y el año 1814 obtuvo indulto, pero no volvió á ejercer sus funciones y observó en su residencia de Wavre una vida sencilla y modesta que terminó en 1828.

Stevens había protestado siempre su sumi-

sion á la Santa Sede. El mismo envió á Roma todas sus producciones impresas y manuscritas, rogando al papa examinara su doctrina y decidiese algunas cuestiones; pero la Santa Sede parece no quiso volver sobre estas cuestiones espinosas, cuya solucion no era ya necesaria. El testamento de *Stevens* es un nuevetestimonio de su obediencia al romano pontífice, y si llevó la oposicion hasta el exceso, al menos no tenemos derecho á colocarle entre los anticoncordatarios. Véase esta palabra y *BLANCHARDISMO*.

Stigmatas. Señales ó incisiones que los paganos se hacían sobre la carne en honor de alguna divinidad. Esta supersticion estaba prohibida á los judíos. *Levit.*, xiv, 28. El hebreo dice: « No os hacedis escritura alguna de punta; » es decir, ningun carácter ó *stigmata* impreso con puntas sobre la carne; este era un simbolo de idolatría.

Tolomeo Filopator mandó imprimir una hoja de hiedra, planta consagrada á Baco, sobre los judíos que habían abandonado su religion para abrazar la de los paganos. S. Juan, *Apoc.*, xiii, 16 y 17, alude á esta costumbre cuando dice que la bestia ha impreso su carácter en la mano derecha y sobre la frente de los que le pertenecen; que no permite vender ni comprar sino á los que llevan el carácter de la bestia ó su nombre. Filon el judío, de *Monarch*, l. 1, observa que hay hombres que, para adherirse al culto de los ídolos de un modo solemne, hacen sobre su carne, con hierros calientes, caracteres que denotan su compromiso.

San Pablo, *Galat.*, vi, 17, dice en muy distinto sentido que lleva los *stigmatas* de Jesucristo sobre su cuerpo, hablando de los azotes que había recibido por la predicacion del Evangelio. Procopio de Gaza, in *Isai.*, xlv, 20, nota que era antiguo uso entre los cristianos hacerse en la muñeca ó en el brazo *stigmatas*, que representaban la cruz ó el monograma de Jesucristo para distinguirse de los paganos. Dice que esta costumbre subsiste todavía entre los cristianos de Oriente, sobre todo en los que han viajado á Jerusalen. Los coltos de Egipto imprimen con un hierro caliente la señal de la cruz en las frentes de sus hijos, á fin de impedir que los mahometanos se los roben para hacerlos esclavos. Muy fuera de propósito se ha creído que empleaban esta precaucion en vez del bautismo.

Los historiadores de S. Francisco de Asia han referido que, en una vision, este santo recibió los *stigmatas* de las cinco llagas de Jesucristo crucificado, y que las llevó en su

cuerpo el resto de su vida. Puede verse lo que de esto ha dicho Fleury, *Historia eclesiástica*, t. 16, l. 79, n. 5, y las pruebas que de ello se dan en las *Vidas de los Padres y de los Mártires*, 4 de octubre.

Stonitas, ó *Nuevas Luces* (Newlights). Traen su nombre de Stone, su jefe, y siguen la doctrina de los arrianos. Es una de las sectas numerosas de los Estados Unidos.

Strauss (doctrina de). David Federico Strauss, natural de Wurtemberg, estudió en la universidad de Tubinga. Discipulo de Schelling (* véase esta palabra) dejó su escuela por la de los iluminados, cuyos extravagantes errores adoptó, segun confiesa. Por una transicion difícil de explicar, pasó del misticismo á la mas fria incredulidad. La interpretacion de los libros santos por la alegoría estaba en moda. Véase * ERÉTICAS ALTERNANES, y se permanecia estupefacto á la vista de la insuficiencia de la teología de la otra parte del Rhin en presencia de una revolucion que sustituyó á las antiguas creencias una tradicion sin Evangelio, un cristianismo sin Cristo. *Strauss*, que completaba en Berlin sus estudios teológicos, celoso de sus antecesores en la carrera del racionalismo, (véase esta palabra), quiso sobrepujarlos. No eran á sus ojos mas que unos razonadores pusilánimes que no sabían sacar las consecuencias de racionalistas y los racionalistas, hacia resaltar con fuerza el ridiculo de sus arbitrarias interpretaciones, se solazaba con todos esos doctores que adivinaron que el árbol del bien y del mal no es mas que una planta venenosa, probablemente un manzanillo, sobre el cual se durmieron nuestros padres; que la radiante figura de Moisés, bajando del monte Sinai, era un producto natural de la electricidad y la vision de Zacarías, el efecto del humo de los candelabros del templo; que los reyes magos, con sus ofrendas de mirra, de oro y de incienso, eran tres mercaderes extranjeros que traían alguna quincalla al niño de Belen; que la estrella que marchaba delante de ellos, era un criado portador de una antorcha, y que los ángeles en la escena de la tentacion, eran una cavana que pasaba los desiertos cargada de viveres. En el hecho, es necesario estar poseído de la manía de sistema para publicar seriamente que si Jesucristo ha marchado sobre las olas de la mar, es porque nadaba ó marchaba por las riberas; que no conjuraba la tempestad sino manejando hábilmente el timon; que no sació millagrosamente á muchos millares de hombres sino porque tenía graneros secretos, ó

que estos consumieron su propio pan que tenían guardado en sus faltriqueras; y en fin, que en vez de subir al cielo, se ocultó á sus discípulos á favor de la confusión, y que pasó al otro lado de la montaña; extrañas explicaciones, que no exigen una fe menos robusta que la que admite los milagros. A estos partidarios de la nueva exégesis (véase esta palabra), Strauss hubiese preguntado gustoso, como en otro tiempo los socinianos á los protestantes, por qué se habían detenido en tan buen camino? Mas atrevido que ellos, trazó el plan de una obra destinada á hacer considerar la historia del Evangelio bajo una nueva luz. M. Guillon, obispo de Marruecos, explica así este plan: *Examen crítico de las doctrinas de Gibbon, del doctor Strauss y de M. Salvador, sobre Jesucristo, su Evangelio y su Iglesia.*

« Puesto que nuestra fe cristiana descansa sobre los Evangelios donde están consignadas la vida y las doctrinas del divino Legislador, M. Strauss ha creído que, destruida esta base, nuestra fe quedaría vacua y sin apoyo, y ha concebido el designio de reducirla á una sombra fantástica. En esta pretension, principia por minar la autenticidad de los Evangelios, combatiéndola por la ausencia ó vicio de los testimonios tanto externos como internos, que deponen en su favor. Según él, el reconocimiento que de ellos se hubiera hecho no sube mas allá que á fines del segundo siglo. Jesus se presentó como el Mesías prometido á la nacion judia, y algunos discípulos crédulos acreditaron esta opinion. Fué necesario sostenerlo por medio de hechos milagrosos que se le superasieron. Sobre este tipo general se formó insensiblemente una historia de la vida de Jesus, que por modificaciones sucesivas ha pasado á los libros que después fueron llamados Evangelio. Mas nada de monumentos contemporáneos. La tradicion oral es el único conducto que ha podido trasmitirlos á una época muy lejana ya de su origen para merecer alguna creencia en orden á los hechos de que se compone. No han llegado hasta ella sino cargados de un todo extraño. El recuerdo del fundador no ha sido mas que el fruto piadoso de la imaginacion, la obra de una escuela aplicada á revestir su doctrina de un símbolo vivo. Toda esta historia carece, pues, de realidad; todo el Nuevo Testamento no es mas que una larga ficcion mitológica, sustituida á la de la antigua idolatría.

» Sin embargo, esto no es mas que la mitad del sistema.

» En el conjunto de la historia evangélica,

Mr. Strauss descubre un gran mito (véase esta palabra), un mito filosófico, cuyo fondo es, dice, la idea de la humanidad.

A este nuevo tipo se refiere todo lo que los autores sagrados nos cuentan de la primera edad de la Iglesia, á saber: la humanidad, ó la union del principio humano y del principio divino. Si esta idea aparece en los Evangelios bajo el embozo de la historia, y de la historia de Jesus, es porque para ser inteligible y popular, debía ser presentada, no de una manera abstracta, sino bajo la forma concreta de la vida de un individuo.

Razon porque despues Jesus, este ser noble, puro y respetado como un Dios, habiendo hecho comprender el primero lo que era el hombre y el objeto á que debía tender aquí abajo, la idea de la humanidad permaneció, por decirlo así, unida á su persona. Estaba sin cesar ante la vista de los primeros cristianos, cuando escribían la vida de su jefe. Así reflexion, sin saberlo, todos los atributos de esta idea al que la habia producido. Creyendo redactar la historia del fundador de su religion, hicieron la del género humano considerado en sus relaciones con Dios.

» Claro es que la verdad evangélica desaparece ante esta interpretacion; que las obras sobrenaturales en que se apoya, quedan problemáticas ó imaginarias; y que aun en la hipótesis de una existencia física, Jesucristo no fué mas que un simple hombre, extraño á su propia obra y despojado de todos los caracteres de mision divina que le aseguran nuestras adoraciones.

En Alemania y en Suiza, la aparicion de esta obra excitó una profunda indignacion; segun confesion de Strauss, esta opinion llegó hasta inspirar horror á su persona. En Zurich, 40,000 firmas protestaron contra el nombramiento del autor á la cátedra de teología: no se quiso entronizar allí el deísmo, sonriéndose con orgullo en la destruccion de todas las religiones. Sin embargo, cuatro ediciones de la *Historia de la vida de Jesucristo* llevaron hasta las extremidades de la Europa, con el nombre de Strauss, el veneno de sus doctrinas, y M. Littré, miembro del Instituto, hizo tambien de ella una traduccion francesa.

El principio esencial y fundamental del libro de Strauss es que los Evangelios no tienen carácter alguno de autenticidad, y que entonces necesariamente se debe recurrir á la interpretacion mítica. Desarrolla su tesis citando una multitud de objeciones expuestas y refutadas cien veces por los apologistas del cristianismo. Se le puede contestar, ya

sea probando que su principio es falso en sí mismo, ya destruyendo las pruebas con que trata de establecerlo. ¿Si los cimientos de un edificio que se quiere levantar están basados en arena movable, el edificio no debe desplomarse al primer soplo de la tempestad?

Si leo la historia del nacimiento y de la infancia de Jesus en Strauss, en lugar de hacerme ver en la narracion sencilla é interesante del Evangelio las pruebas palpables de su verdad, no me presentará por todas partes mas que fábulas: mito histórico en el nacimiento de Juan Bautista, cuya cuna habrá embellecido con rasgos maravillosos para rebajar la grandeza de Jesucristo, y mito filosófico ó mas bien dogmático en el nacimiento de Jesucristo. Segun Strauss, el tipo del Mesías existía ya en los libros sagrados y en las tradiciones del pueblo judío; y habiendo inspirado Jesus durante su vida y dejado despues de su muerte la creencia de que era el Mesías, se formó entre los primeros cristianos una historia de la vida de Jesus, en la que se combinaron las particularidades de su doctrina y de su destino con este sistema. Mas desde el primer paso, el doctor aleman puede ser detenido por este razonamiento: « Vuestra teoria, con todo su aparato de erudicion pedantesca, cae por tierra si la historia de Jesus está compuesta por testigos oculares, ó al menos por hombres próximos á los acontecimientos. Convenis vos mismo en que una vez admitido que los apóstoles ó sus discípulos inmediatos han redactado los libros que llevan su nombre, es imposible que el mito, que no se forma sino lentamente y por adiciones sucesivas, pudiese tener lugar allí. Ahora bien, ¿qué opondréis á la tradicion constante, universal é inmemorial, á la fe pública de la sociedad cristiana, á las confesiones inequívocas de sus mas ardientes adversarios y á la imposibilidad de asignar una época en la que estos títulos primitivos del cristianismo hubieran podido ser supuestos por un impostor? ¿Qué una sociedad entera hubiera admitido unos escritos que contenían la regla de su creencia y de su conducta, unos escritos que reverenciaba como inspirados y á los cuales apelaba en todas sus controversias, sin tomarse el trabajo de informarse, sin examinar con el mayor cuidado y severidad si eran las obras de los apóstoles, únicos de quienes podían tomar este carácter sagrado que se les atribuya! No dudais de las tragedias de Sofócles, de las arengas de Demóstenes, de las obras filosóficas de Ciceron, ni

de los poemas de Virgilio, porque una tradicion que sube hasta el tiempo en que vivieron estos escritores comprueba que son los verdaderos autores los jefes maestros que han hecho sus nombres inmortales. Cuando una sociedad entera levanta la voz para depone sobre un libro, del cual depende su existencia como sociedad, ¿os atreveréis á rechazar esta simple regla del buen sentido? ¿Citareis en favor de cualquier libro que sea una opinion tan firme, tan unánime y tan esparcida como la de los cristianos en orden á los libros del nuevo Testamento? ¿Giertamente concibo que hubieran preferido sufrir la muerte mas cruel, á entregar á los idólatras los títulos augustos de su fe.

» Antes de vuestras fastidiosas elucubraciones, se encontraron enemigos ardientes del cristianismo, tan hábiles, tan malvados como vosotros, y mucho mas cercanos al origen de los hechos. ¿Han dejado jamás de entrever la menor sospecha en orden á la autenticidad de la historia de Jesucristo? ¿Celso acusando sin prueba á los cristianos de haber alterado los Evangelios, no reconocia por lo mismo un texto primitivo ó auténtico de nuestros Libros santos? ¿Porfiriosuscita sobre su origen la mas leve duda? ¿Pero cuánta mas fuerza tiene aún el testimonio de Juliano! Fué educado en el cristianismo, y promovido al grado de lector, cuya funcion era leer al pueblo las Escrituras. No solo no ha negado la autenticidad de los Evangelios, sino que cita expresamente sus autores, « Mateo, Marcos y Lucas, dice este apóstata, no han osado hablar de la divinidad de Jesucristo; Juan ha sido mas atrevido que los otros, y ha hecho un Dios de Jesus de Nazareth. » ¿Cómo explicais esta concordia unánime de los cristianos y de sus enemigos naturales? ¿Creéis resolver la objecion diciendo que los cristianos, habiendo hecho la suposicion de los Libros sagrados, han tenido el poder de hacerlos adoptar á sus adversarios, ó que se han convenido para cometer esta infidelidad? ¿Se os deja la eleccion entre estos dos absurdos.

» Y por otra parte, asigron, si podéis, una época en que un falsario haya intentado fabricar nuestros Evangelios. No será esto el tiempo en que aun vivían los apóstoles: su reclamacion hubiera descubierto la impostura, y confundido al falsario. ¿Queréis colocar la fabricacion del Evangelio despues de la muerte de los apóstoles? Entonces como estos libros estaban ya recibidos á mitad del siglo II, hubieran sido imaginados á principios del mismo. Mas en esta época vivía todavia Juan el evangelista. Policarpo,

el discípulo de Juan, Ignacio, y la Iglesia contaba un gran número de obispos que habían vivido con los apóstoles, y que no hubieran dejado de oponerse á la admisión de estos libros inventados al capricho. Por lo demás, cuanto mas subais la suposición, tanto mas imposible é increíble la haceis, puesto que haceis á mayor número de Iglesias, de obispos y de pueblos cómplices de la impostura.»

Establecido el origen apostólico de los Evangelios, es decir, el hecho de que han sido escritos poco despues de la muerte de Jesucristo por los apóstoles ó por los discípulos inmediatos de estos, lo que prueba todo sistema mítico que les atribuye el reformador, queda destruído el principio fundamental de Strauss.

Todas sus objeciones descriptivas descansan en las contradicciones que le presentan los Evangelios, y en el carácter sobrenatural con que están sellados.

Hace mucho tiempo que se han invocado estas contradicciones aparentes como un argumento invencible contra el valor histórico de la narración del nuevo Testamento. Celso en el siglo II, y Porfirio en el III las echaron en cara á los cristianos, y despues algunos deístas ingleses, Morgan, Guibb y otros se han valido de ellas á su vez. Lessing expuso diez que declaraba inconciliables, y sobre las cuales llamaba la atención de los teólogos. Por su parte los apologistas de la religion encuentran en ello una prueba de la veracidad de los escritores sagrados. Los impostores replicaban á sus adversarios, que no hubiesen dejado, despues de haber concertado su fábula, de reunir en un solo libro los hechos y los puntos de doctrina en que se hubieran convenido; y si los apóstoles han omitido esta precaucion, es porque han descansado en la verdad misma del cuidado de resolver las dificultades que no se habian dignado prevenir.

Apliquemos esta regla de buen sentido á las dos genealogías de Jesucristo, tan contradictorias á primera vista, y contra las cuales Strauss ha dirigido los dardos de su critica envenenada. No seria mas razonable atribuir las dificultades que allí se encuentran á la ignorancia en que estamos de alguna circunstancia propia á ilustrarnos, que suponer en los evangelistas una contradicción tan grosera, tan capaz de desacreditar su historia desde el principio, y que era tan facil de evitar? ¿Qué oscuridad han debido esparcir el tiempo y las costumbres de los judíos sobre sus genealogías! Apenas podemos conciliar

alguna vez con los monumentos públicos el testimonio de los historiadores contemporáneos sobre muchos hechos incontestables que han pasado ó engañarnos, dice el sabio sujeto estamos á engañarnos, dice el sabio Pridaux, cuando fijamos la vista sobre unos objetos que están distantes de nosotros cerca de dos mil años! Bulet en sus *Respuestas críticas* refiere un objeto muy propio á justificar la juiciosa observacion del autor inglés: este es la discordancia de todas las medallas grabadas para la consagracion de Luis XIV con el testimonio de los historiadores contemporáneos; estas medallas la fijan antes que los historiadores. La conciliacion de estos monumentos seria insuperable, si Dom Ruinard no nos hubiese advertido que la consagracion fué diferida por un incidente, y que no se varió nada en las medallas que estaban ya selladas. A la oscuridad y á la distancia de los tiempos se juntan tambien los usos del pueblo judío, según los cuales la misma persona podia tener dos padres diferentes, uno natural y otro legal, en los que la misma persona podia tener dos nombres. ¿Esta duplicidad de padres, de abuelos y de nombres no ha debido dejar dificultades que no se pueden resolver enteramente en la genealogía de los judíos? No podemos, pues, presentar mas que explicaciones que den una aclaracion plausible; mas los incrédulos jamás probarán que las dos genealogías son contradictorias.

Strauss considera las genealogías de José y de María como inventadas al capricho; pues, pregunta, ¿dónde hubieran podido los evangelistas descubrir la ascendencia de los abuelos de personas tan pobres y tan oscuras, como María y José? ¿Es necesario, y más, enseñar al crítico alemán que jamás hubo pueblo mas cuidadoso de conservar sus genealogías, que el pueblo hebreo? Refiérase la Escritura algunas veces las genealogías de las personas mas oscuras; y se ve en Nehemias, que todos los que volvieron de la cautividad de Babilonia, á excepcion de un pequeño número, probaron que descendían de Jacob. En tiempo de Trajano fué cuando los judíos despreciaron conservar sus tablas genealógicas, y el Talmud se queja amargamente de que se haya dejado perder un depósito tan precioso.

Creo triunfar Strauss, puesto que san Mateo anuncia catorce generaciones por cada clase, mientras que no hay mas que trece en la segunda. ¿Quién no ve que esta diferencia es nula, cuando se pone á David en la primera clase que acaba, y en la segunda que prin-

cipia? La razon de este doble empleo es que el evangelista quiere principiar cada clase por un personaje importante ó por un acontecimiento notable. Principia la primera por Abraham, la segunda por David y la tercera en el renacimiento de la nacion para terminarla en Jesucristo. En esta suposicion, cuya imposibilidad nadie puede demostrar, habrá catorce personas engendradas ó engendrantes en cada una de las tres clases.

Otra objecion, de la que el crítico alemán se manifiesta muy orgulloso, es que san Mateo manifiesta una grande ignorancia, diciendo que Joram engendró á Ozias, y omitiendo en su genealogía á los reyes Ocoosias, Joás y Amasias. Strauss nos permitirán duda creer que san Mateo, que tenia el designio de restablecer á los judíos por el testimonio de sus escrituras, debía haberlas leído y conocer un poco la historia de su nacion. Luego, si ha omitido algunas personas en la genealogía que refiere, no ha hecho en esto mas que seguir el uso de los Libros santos, en los que hay una multitud de genealogías, las cuales no refieren mas que los personajes necesarios al objeto que se proponen. Joram no ha engendrado á Ozias inmediatamente, sino muy mediatemente, y manifestando el orden de sucesion, sin enumerar todos los personajes, el escritor sagrado ha compuesto cuando mas una genealogía imperfecta, y no una genealogía defectuosa.

Segun Strauss todas las tentativas para conciliar las dos genealogías son inútiles. S. Lucas da á Jesus por antepasados á unos individuos enteramente diferentes, en su mayor parte, á los que S. Mateo le atribuye. ¿Qué concluir de esto? Que un evangelista nos presenta los antepasados de María, y el otro los de José, y que las dos genealogías son diferentes sin ser contradictorias; que Jesus es verdaderamente, según la carne, hijo de David y de Salomon, puesto que las ramas de Salomon y de Nathan se han reunido en Zorobabel, uno de los antepasados de María, su madre; que es hijo por adopcion y por educacion de José, por consiguiente el heredero legítimo del cetro de Israel, que pertenecia de derecho á su padre adoptivo y alimenticio. Mas José, según S. Mateo, es hijo de Jacob, y según S. Lucas, es hijo de Heli: luego hay contradiccion. No: solamente José era hijo de Jacob por naturaleza, y de Heli por alianza, por haber casado con María que era su hija. S. Mateo, escribiendo para los judíos, se atrevió á dar la genealogía de José, padre legal de Jesus; y S. Lucas, que se dirigia á los gentiles, la de María.

No nos detendremos en responder á las objeciones que opone Straus á la historia de la Anunciacion y de la Visitation. Nadie, á menos de ser racionalista alemán, ó partidario del sistema mítico, creerá que hay contradiccion en la narracion de las apariciones hechas á diferentes personas y en distintos tiempos, por diferentes fines y con diversas circunstancias. Digamos solamente que es muy absurdo tratar de dictar á la sabiduria divina la conducta que debía observar para cumplir sus grandes designios de misericordia sobre el género humano.

Strauss nada nos enseña de nuevo cuando prueba extensamente, según los antiguos historiadores, que Cirino no fué procurador de Siria sino doce años despues del empadronamiento de que habla S. Lucas, con motivo del nacimiento de Jesucristo; mas hubiera debido añadir Strauss que, según Suetonio, Augusto habia restablecido el oficio de los censores, una de cuyas funciones era practicar los registros del pueblo, anotar el nacimiento, la edad la muerte de los individuos; que, según Tácito, el mismo emperador habia confiado diferentes comisiones á cierto Sulpicio Quirino, que no se diferencia mucho del Cirino de S. Lucas. (No ha lugar á pensar que Cirino, antes de ser procurador, fuese enviado á Siria y á Judea por Augusto para practicar un simple empadronamiento de personas? No era entonces *procurator*, sino simplemente pretor ó *procurador* de Siria, como S. Lucas le llama, igualmente que á Pilatos, que no era mas que *procurador* y no *procurator* de Judea. Es absolutamente necesario suponer que Cirino fué enviado dos veces á Judea, al principio en calidad de procurador unido á Saturnino, ó de censor, cuya operacion se limitó á un simple empadronamiento del pueblo judío, *populi census*; y despues como *procurator*, cuando hizo entrar en el tesoro imperial las riquezas de Arquelaos depuesto del reino, y que impuso una cuota en las propiedades según el primer empadronamiento; cuota que ocasionó en la Judea grandes movimientos que conocia muy bien S. Lucas, y de los cuales habla en sus *Actas*.

Strauss no ha olvidado la contradiccion aparente que se encuentra en la relacion cronológica de la visita de los magos y de la huida á Egipto referidas por S. Mateo, con la presentacion en el templo que se ve en S. Lucas. En lugar de no ver, como el crítico alemán, en las dos narraciones mas que un carácter mítico, seria mas natural y conforme á la verdad pensar con los intérpretes que

los magos vinieron á adorar á Jesucristo trece días despues de su nacimiento; que Heródes no mandó en seguida la degollacion de los niños de Belen, porque creyó que los magos, de cuya sinceridad no tenia motivo de sospechar, no habian sido felices en sus investigaciones para hallar al nuevo Rey de los judios, que habian venido á adorar de tan lejos, y asi que la vergüenza les habia impedido volver á pasar por Jerusalem y darle cuenta de la inutilidad de su expedicion. Mas lo que pasó en la Purificacion habiendo causado ruido en el templo y habiéndose esparcido hasta la ciudad, comprendió Heródes que el Rey niño de los judios existia verdaderamente, y que los magos le habian engañado. Entonces, es decir, despues de la Purificacion, decretó la degollacion de los Inocentes. Esta solucion, que no tomamos de S. Agustín, nada ofrece que no sea plausible y conserva en las dos narraciones su carácter histórico. Añadimos, con el mismo santo doctor, que en estas palabras: « Luego que José y Maria hubieron cumplido lo que prescribía la ley del Señor, volvieron á Nazareth, » el evangelista enlaza los hechos que refiere, en su hablar de los intermediarios, y que es necesario referir á esta época la huida á Egipto.

Strauss no se limita á señalar las contradicciones aparentes de los Evangelios para acriminar su valor histórico: ve tambien en el carácter sobrenatural con que están sellados un producto mítico de la época, extraña al espíritu de la historia y ávida enteramente de lo maravilloso. Todo lo que excede al orden sobrenatural lo reputa por falso, explicandolos Evangelios por las tradiciones ó las acomodaciones de los pasajes paralelos del antiguo Testamento, oponiendo á nuestras narraciones sagradas las absurdas leyendas de los evangelios apócrifos, y refutando las ridículas interpretaciones de los teólogos naturalistas para llegar á unas conclusiones no menos absurdas, y repugnantes al carácter mítico. Mas aquí su odio le sirve de poco y va mas lejos que piensa: pues, rehusando á Dios el poder de hacer milagros, cae en el panteísmo, ó sólo prefiere en el ateísmo; una vez reducido su libro á la mas simple expresion, qué se encuentra en él? Un Dios sin virtud, sin fuerza, sin poder, un Dios que no obra ni existe. Despues de haber arrebatado á Dios su omnipotencia, bajo pretexto de conservarle su inmutabilidad (como si Dios, arreglando las leyes de la naturaleza, no hubiese podido arreglar tambien las excepciones que queria hacer en ellas), se jactará de

ser cristiano, de explicar el cristianismo de una manera filosófica, de respetar las Escrituras y de considerar la aparicion de Jesucristo sobre la tierra « como un fenómeno único en su género, que no debe presentarse ya en la tierra, y cuya gloria nadie podrá eclipsar, puesto que las verdades que revela al mundo son de un orden tan relevante que nada hay superior! » Mas el teólogo aleman cree explicar la imprudencia de sus blasfemias por algunos homenajes hipócritas, y no se podrá estrecharle con este dilema al cual le será difícil escapar. O Jesucristo es Dios, ó es el último de los hombres: No hay medio. Si no es Dios, los judios han hecho un acto de justicia condenándole á muerte; si no es Dios, es eclipsado por el profeta de La Meca, y la religion mahometana triunfa sobre el cristianismo; si no es Dios, la religion que ha predicado no es mas que una supersticion absurda y un fuego de teatro. Pues, lo sabemos dice Hijo de Dios, igual á Dios, Dios mismo: exige las adoraciones debidas á Dios: y puesto que, segun vosotros, estos son unos títulos que usurpa, es pues un visionario que ha predicado los sueños de su imaginacion, ó un impío que trata de disputar á Dios sus templos y sus altares; en todo caso, el desecho del mundo, desatamos á todos los partidarios del sistema mítico á evitar estas consecuencias, á menos que abjuren las primeras reglas del buen sentido y de la lógica.

La antipatía hacia todo lo que lleva un carácter sobrenatural es uno de los primeros motivos que han conducido á Strauss á la negacion de la narracion evangélica. Mas una vez rechazado el Evangelio; está distante de haber acabado con los milagros. El libro de las *Actas*, las principales *Epistolas* de los apóstoles nos quedan todavía, y sus monumentos de la antigüedad cristiana bastan, sin duda alguna, para restablecer los hechos mas importantes que ha tratado de destruir. El doctor Tholuck, en su refutacion de la obra de Strauss demuestra la verdad de esta asercion.

« Si, pasamos dice, de la *Historia evangélica* á las *Actas de los Apóstoles*, parece que, sobre este nuevo terreno los milagros debent cesar de aparecernos. La Iglesia primitiva lo habia agotado todo para componer el retrato del Mesías; ¿qué frente tan elevada como la suya podia restar todavía que coronar, y de donde tomar los laureles? Seria uno, pues, conducido á no esperar mas, desde entonces, que una historia despojada de todo ornato, llena únicamente de acontecimientos natu-

rales. Mas esta brusca transición no se presenta á nosotros; lejos de esto: las *Actas* y las *Epistolas de los Apóstoles* forman con la narracion evangélica, un enlace de milagros no interrumpidos y siempre prolongados. No sucedió con Jeshucristo como con el sol de los trópicos, que aparece sin ser precedido de la aurora, y se oculta sin dejar ningun vestigio en pos de sí. Las profecías le habian anunciado mil años antes de su nacimiento; los milagros se multiplicaron despues de él, y el poder que habia traído al mundo, continuó largo tiempo siendo activo. Que trate la critica de hacer desaparecer al sol de la escena del mundo, y le será necesario hacer desaparecer tambien la aurora que le precede, y el crepúsculo que sigue. Como conseguirlo? No lo ha descubierto todavía. En orden á nosotros, esperando este descubrimiento, manifestamos que la historia de la Iglesia es como una cadena continua; y si vemos propagarse la electricidad á toda su latitud, concluimos que el primer anillo debió ser tocado por un golpe venido del cielo á la tierra.

« ¿Dónde principia, segun el crítico de la *Vida de Jesus*, la historia del que adora el mundo cristiano, como su Salvador y su Dios?— En el sepulcro cortado en la roca por José de Arimatea. De piés sobre sus bordes, los discípulos, trémulos y perdidos, han visto sumirse su esperanza en su seno con el cadáver de su Maestro. Mas qué acontecimiento vino á colocarse entre esta escena del sepulcro, y el grito de san Pedro y de san Juan? « No podemos dejar sin testimonio las cosas que hemos visto y oido *Act. Apóst.*, iv, 20. — « Cuando se abraza de una mirada, dice el doctor Paulo, la historia del origen del cristianismo, durante cincuenta dias, contando desde la última cena, se ve uno obligado á reconocer que alguna cosa extraordinaria renació el valor de estos hombres. En esta noche, que fué la última de Jesus sobre la tierra, eran pusilánimes, dispuestos á huir; y luego que fueron abandonados, se hallaron superiores al temor de la muerte, y repitieron á los jueces irritados que habian condenado á Jesucristo á muerte: « Se debe obedecer á Dios mas bien que á los hombres. » Doctor Paulo, *Kommentar*, etc., *ib.* 3, s. 367.

Así, el crítico de Heidelberg lo reconoce, debe haber pasado alguna cosa extraordinaria: el mismo doctor Strauss conviene en ello. « Sin embargo, dice, no sin fundamento sostienen los apologistas que la transición súbita del decaimiento que se apoderó de los discípulos á la muerte de Jesus, y de su abatimiento á la fe viva y al ardor con el que,

cincuenta días despues, proclamaron que era el Mesías, no puede explicarse, á menos de reconocer que alguna cosa verdaderamente extraordinaria ha reunido durante este intervalo su valor. » Si, ha pasado alguna cosa; mas qué! No yavais á creer que esta fué un milagro. Sabido es como los racionalistas, precursores de Strauss, estableciendo por principio que los letargos eran muy frecuentes en la Palestina en la época en que vivía Jesus, han hecho intervenir el síncope y el desvanecimiento, á fin de explicar su muerte aparente, y por consecuencia su resurreccion. Desde 1780, el racionalismo no ha seguido otra táctica, y si quita al mundo cristiano el viernes santo, le da tambien sin embargo un gozoso día de pasacas. — Se presenta Strauss: admite tambien alguna cosa como hemos visto, pero poca cosa.

La resurreccion era demasiado! en oposicion á sus precursores, arranca, pues, por fragmento á los cristianos, el día de pasacas, y les deja el viernes santo. Hé aquí como; los apóstoles, las mujeres, los quinientos galileos de que habla S. Pablo, *i Corint.*, ii, 6, se imaginaron haber visto á Jesus resucitado, y estas visiones son las que, en vida de los apóstoles, determinaron la transicion repentina del abatimiento á la alegría del triunfo. Para dar cuenta de estas visiones, se ha recurrido tambien á las explicaciones naturales presentadas ya como milagros; aun se quiere tambien por *condescendencia*; *Das Leben Jesu*, *th.* 2, p. 637, hacer intervenir los relámpagos y los truenos; mas lo mejor seria descombararzo de ello. S. Pablo, es verdad, cuyo testimonio presenta cierto peso, habla de la resurreccion como de un hecho; *mas este hecho no existe sino en su imaginacion y en la de sus compañeros*. Es necesario, sin embargo, admitir tambien en su vida alguna cosa, si se quiere comprender el impulso que le es impreso; se admiten entonces estas visiones, al menos como alguna cosa provisional, que hará el efecto de un puente en el aire para pasar del *Evangelio* á las *Actas de los apóstoles*, hasta que, colocándose la critica en una región mas elevada, pueda, sin intermediario, saltar este abismo.

« Pasemos, pues, sobre este puente volante, construído no se sabe si por la imaginacion del orientalista novicio, ó por la del crítico alemán; pasemos de la historia evangélica á las *Actas de los apóstoles*. Segun entonces, en el examen de la hipótesis de Strauss, la ley propuesta por Gieseler, *Gieseler Versuch über die Entstehung der Evangelien*,

s. 142, á fin de juzgar la hipótesis sobre el origen de los evangelios, preguntamos: ¿que conclusión nos hace sacar de la de su jefe, la historia que nos queda del cuerpo de Jesucristo, es decir de su Iglesia? Los vias diferentes, dice, se presentan á cualquiera que considera la historia de los milagros evangélicos como el producto de la imaginación de la Iglesia primitiva, producto que fué determinado por el carácter de esta Iglesia misma.

Se juzgará quizá que, afectados por estas visiones recientes y por la creencia de que este resucitado era el Mesías de Israel, los cristianos se pusieron á la obra, reunieron lo que había parecido extraordinario en su vida y llegaron á fabricar así una historia maravillosa. Sin embargo, si como pretende Strauss la vida de Jesús nada presenta de extraordinario, no se concibe cómo los discípulos pudieron imaginarse haber observado en su Maestro lo que no habían visto jamás. Mas hé aquí otra opinión que salva esta dificultad. La Iglesia primitiva fué á buscar al antiguo Testamento todas las profecías relativas al Mesías, las reunió á fin de adornar con ellas cuatro dibujos de la vida de Jesús; se puso después á bordarlas con la ayuda de arabescos milagrosos. Contenta con su obra, terminó aquí su trabajo al cual atañió, sin embargo, quizá todavía algunas volutas aisladas. Esta pretendida conducta de la Iglesia cristiana sirve de punto de partida á Strauss. El gran argumento en que se apoya para justificar su interpretación mítica, de la vida de Jesús, consiste en que no se podrá jamás demostrar, «que uno de nuestros evangelios haya sido atribuido á uno de los apóstoles y reconocido por él.» Piensa que para esta composición mítica han debido reunir sus fuerzas. En cuanto á los detalles que no acertaron á hacer en la vida de su Maestro, lo reservaron para la suya. De aquí esas aventuras en las islas encantadas, esas tempestades que los arrojaron en fin, sanos y salvos sobre una ribera feliz, y en una palabra, todas las reminiscencias prosaicas de los antiguos tiempos: la vida de los compañeros del Salvador nos lo presenta.

«Felizmente tenemos la historia de los apóstoles escrita por un compañero de san Pablo, y muchas cartas apostólicas que los críticos, aun los protestantes, consideran en general, como auténticas. El carácter de estos escritos nos permite dar un juicio sobre estas dos opiniones, partiendo sobre la hipótesis relativa al carácter mítico del Evangelio. Si la primera opinión es verdadera, las Actas de los apóstoles, igualmente que sus

Epístolas, nos los representarán como unos hombres ciegos, guiados por el fanatismo, y que trasforman en milagros los hechos naturales. Si la segunda es fundada, estos documentos nos manifestarán en los apóstoles unos hombres que salen tan poco del órden común, que el milagro no ocupa lugar alguno en su vida. Ahora bien, el carácter de sus Actas y de sus Epístolas destruye estas dos hipótesis. Encontramos allí, es verdad, milagros; mas la conducta de sus autores es tan prudente y tan sabia, que no es imposible concebir la menor duda sobre la moderación y la veracidad de su testimonio. Por otra parte, toda su vida se pasa en medio de un mundo que conocemos ya; vemos personajes y acontecimientos que no nos son extraños; pero además obran milagros que parecen salir como relámpagos del seno de un mundo mas elevado.

«Tenemos que demostrar desde luego el carácter histórico de las Actas de los apóstoles. Se está obligado á reconocer, y el autor mismo lo declara expresamente, que han sido compuestas por un amigo y un compañero del apóstol S. Pablo: para pretender lo contrario, sería necesario sostener que la obra entera es supuesta, en lo que no se ha pensado todavía. Por otra parte, la impresión que deja en el ánimo del lector es bastante decisiva, y si fuese borrada de su memoria, le bastaría leer el cap. xvi desde el v. 11 hasta el fin, para no conservar duda alguna sobre este punto, y convencerse de que el narrador ha debido vivir en los lugares donde de los hechos se han cumplido. Muchas veces también, especialmente cuando hace la relación de la expedición hacia la Italia, se experimenta una impresión semejante á la que produce la lectura de un diario de viajes. Se siguen las estaciones, se mide la profundidad del mar, y se sabe cuántas áncoras han sido echadas; en una palabra, todos los acontecimientos son referidos con tanto órden, que se puede preguntar á todo historiador: ¿es verosímil que despues de muchos años hubiese podido ser compuesta una descripción tan detallada, según documentos transmitidos oralmente? O S. Lucas, favorecido por una memoria feliz, debe haber escrito la relación de este viaje inmediatamente despues de haberle acabado, ó debe haber tenido en su poder un diario de viaje (1). No ha

(1) Meyer, en su Comentario sobre las Actas de los apóstoles, p. 333, hace tambien la observacion siguiente: «La claridad que reina en toda la narracion de esta navegacion y su extension inducen á creer que S. Lucas escribió esta interesante relacion inmediatamente despues de su de-

sido testigo de los acontecimientos consignados en la primera parte de las Actas de los apóstoles. Pretendan lo que quieran Schleiermacher y Riehm (en de Fontibus Actorum apud.); el mismo estilo que se observa siempre en toda esta obra hace inadmisibile, asi como para el Evangelio, una coleccion de documentos inalterados. Mas Wohl no habla solamente del carácter histórico de la primera parte; examina tambien el carácter del estilo, y sostiene que S. Lucas ha empleado notas escritas, ó se ha dedicado á reproducir muy exactamente las relaciones de los judios; pues, dice, es desigual, y menos clásico que en los demás trozos, desde el capítulo XX, donde el autor parece haber sido abandonado á si mismo. Heck, en el examen de la obra de Mayerhoff, ha abrazado la misma opinion, y trata de probar que S. Lucas debe haberse servido de una relacion escrita, Studien und Kritiken, 1836, II. 4. Esta es tambien la opinion de Ulrich, *ibid.*, 1837, II. 2.

«Examinemos ahora el carácter histórico de las Actas de los apóstoles. Muchos puntos difíciles de conciliar, y especialmente las diferencias cronológicas, se presentan á nosotros, es verdad, cuando las comparamos con las epístolas de S. Pablo: mas encontramos tambien una concordancia tan palpable, que estos dos monumentos de la antigüedad cristiana suministran pruebas de la autenticidad de la una y de la otra. Considerémos especialmente las Actas de los apóstoles en sus numerosos puntos de contacto con la historia, con la geografía y con la antigüedad clásica, y no se tardará en ver resaltar las cualidades de S. Lucas, como historiador. La época pasa sucesivamente en la Palestina, en Grecia y en la Italia. Los errores cometidos por un mitógrafo griego, en órden á los usos y á la geografía de los judios, y con mayor motivo, por un mitógrafo judío sobre las costumbres de los paganos, no hubiesen dejado de hacer traicion á su ignorancia. Aquí la vida está llena de incidentes diversos en las Iglesias de la Palestina, en la capital de la Grecia, en medio de las sectas filosóficas, ante el tribunal de los proconsules romanos, en presencia de los reyes judios, de los gobernadores de las provincias paganas, y en medio de las olas levantadas por la tempestad; por todas partes, sin embargo, encontramos indicaciones exactas, en la historia y

sin embargo, durante el invierno que pasó en Malta. No tuvo mas que consultar sus impresiones recientes todavia, y consignadas quizá en su diario de viaje, del cual pasamos á su historia. » Recordemos ahora que el escritor que manifiesta tanta exactitud tambien el autor del Evangelio.

en la geografía, nombres y acontecimientos que conocemos por otra parte; aquí especialmente sería donde se podría descubrir al mitógrafo serafico. Hemos tenido ya ocasion (Glaubwürdigkeit der Gesch., p. 160) de someter á un examen profundo los detalles dados por S. Lucas sobre los gobernadores judios y romanos que vivian en su tiempo; ha resistido victoriosamente á esta prueba. Ha hecho resaltar la verdad histórica de su Evangelio, y nos falta que hablar todavia de algunas antigüedades.

«Nos bastará recorrer tres capitulos de la obra de S. Lucas, los capitulos XVI hasta el XVIII, en los que se nos presenta como el compañero de viaje del Apóstol.

«Hallamos en estos capitulos, como en todos los demás, unas indicaciones geográficas exactas y conformes á los conocimientos que poseemos por otra parte en órden á la topografía é historia de esta época. Así la ciudad de Filipos nos es representada como la principal ciudad de una parte de la Macedonia, y como una colonia, *πολις της μακεδονικης πολις, κολωνια*. Podemos dejar á los exegetas disputar sobre la manera de encajarse, *πολις*, en el cuerpo del discurso. Se sigue de aquí: 1.ª que la Macedonia estaba dividida en muchas partes: ahora bien: Tito Livio nos enseña que Amelio Paulo habia dividido la Macedonia en cuatro partes, *Livius*, XIV, 29, 2.ª que Filipos era una colonia. Esta ciudad fué en efecto colonizada por Octavio, y los partidarios de Antonio fueron trasladados á ella. *Dio Cas.*, I, 31, p. 443; *Plinio*, *Historia natural*, 4, 11; *Digest*, leg. 30, 30. Segun el versículo 13, en esta ciudad habia, cerca de un rio, un oratorio, *πρεβητριον*. El nombre del rio no es indicado, pero sabemos que el Strymon corria cerca de Filipos. El oratorio estaba situado sobre la orilla del rio, y sabemos que los judios acostumbraban á lavarse las manos antes de la oracion, y por esta razon construian sus oratorios á la orilla de las aguas (1). En el versículo 14 habla de

(1) Carpzov. *Apparat. antiq.*, p. 520. Filon, describiendo la conducta de los judios de Alejandria en ciertos dias solemnes, refiere que «por la mañana temprano salian en cofradia fuera de las puertas de la ciudad para ir á los arroyos (pues los *proseucha* estaban destruidos), y allí, colocándose en el lugar mas conveniente, levantaban su voz de comun concierto hacia el cielo.» *Philo*, in *Place*, p. 382. *Ibid.*, de *vita Mos.*, I, 5, y de *legis ad Cajum*, passim. — Estas especies de oratorios se llamaban en griego *προσευχαι*, y en latin *proseucha*.

Ede, ubi consistis, in qua te quosro proseucha. *Ibid.*, Sat. 5, 286. Segun relacion de *Josefo*, *Antiq.*, I, 14, c. 10, § 24, la ciudad de Halicarnaso permitia á los judios construir oratorios: «Ordinamos que los judios, hombres ó mujeres, que quiescan observar el sábado y cumplir los ritos sagrados pre-

una mujer pagana de la cual los judíos habían hecho una prosélita. Nos enseña Josefo que las mujeres paganas, descontentas de su religión, buscaban un alimento para su inteligencia en el judaísmo, y que en Damasco, por ejemplo, muchas le habían abrazado. Esta mujer se llamaba Lydia; este nombre, según Horacio, estaba en uso. Era una vendedora de púrpura de la ciudad de Thyra. Esta se halla en la Lydia; ahora bien, el colorido de la púrpura hacía a la Lydia célebre. *Val Flaccus*, 4, 368; *Claudio, Rap. Proserp.*, 1, 274; *Plinio, Historia natural*, 7, 37; *Elien, Historia animal*, 4, 46. Una inscripción hallada en Thyra prueba que había allí corporaciones de pintores. *Sponius, Miscell. erud. antiqu.*, 3, 93. El versículo 16 hace mención de una hija poseída de un espíritu de Python, *πανυια πύθωνος πύθων* es el nombre de Apolo, el dios de los profetas, llamados por esta razón *πύθωνες* y *πύθωνες*; los ventrílocos recibían también el mismo nombre cuando se ocupaban de la adivinación, *Plutar., de Oracul. defectu*, c. 2. Se lee, versículo 27, que el carcelero de la prisión en que se encontraba S. Pablo quiso matarle, creyendo que los prisioneros se habían huido. El derecho romano condenaba a este castigo al carcelero que dejaba escapar a los detenidos. *Spanheim, De usu et præst. manuscul.*, 4, 4, *disc.* 9; f. 2, *dissert.* 13; *Casaubon, sobre Athenes*, 5, 14.—e. 33. Los magistrados de la ciudad se llamaban *επιτάκται*. En efecto, este es el nombre que se nos daba en esta época, especialmente en las ciudades colonizadas. Estos magistrados no enviaron criados ordinarios, los frazates; por ejemplo, que el Sanhedrin de Jerusalén (*Act. apost.*, v. 22) envió a la prisión de S. Pedro; sino, según las costumbres de los romanos, enviaron lictores, *παρόδους*, v. 38. Los magistrados fueron poseídos de temor al saber que los prisioneros eran ciudadanos romanos. Se recuerdan estas palabras de Cicerón: «Esta palabra, este grito interesante, *soy ciudadano romano*, que recorrió tantas veces a nuestros conciudadanos entre los pueblos bárbaros y en las extremidades del mundo. Cicerón, *In Ferrum orat.*, 3,

(1) Pausanias, que escribió antes del fin del siglo II, hablando en la descripción de Atenas de un altar levantado a Júpiter Olímpico, añade: Y cerca de aquí se encuentra un altar de dioses desconocidos. *Ἦσσι ποτὶ θεῶν ἄγνωστων ἐστὶ βωγὸς*, 1, 5, c. 44, n. 6. El mismo escritor habla en otro lugar de altares de dioses llamados desconocidos. *Βωγὸς Φιλάτρο, que dice sé a principios del siglo III*, hace decir de *Ἦσσι ποτὶ θεῶν ἄγνωστων ἄγνωστων*, 1, 1, c. 4, n. 4. A Apolonia de Flina que era prudente hablar con respecto de todos los dioses, especialmente de Atenas, donde se levantaban altares a los genios desconocidos. *Via Apoll. Thyra*, 1, 6, c. 5.—El autor del diálogo *Philopatris*, obra atribuida por unos a Luciano, que escribió hacia el año 170, y por otros

n. 37. » La ley *Valeria* prohibía imponer a un ciudadano romano el suplicio del azote y de la vara.

« Llegamos al capítulo XVII. Al principio de este capítulo, vemos situadas la una junto a la otra las ciudades de Amfipolis y de Apolonia, después Tesalónica. El versículo 5 refiere a una multitud de los *εθνηται*, *subrotetrans*, *subasilicitanos* tan comunes entre los griegos y romanos; en Oriente, las personas de esta clase se reunían a las puertas de la ciudad, v. 7. Encontramos un ejemplo de las acusaciones de demagogia llevadas tan frecuentemente entonces ante los emperadores sospechosos. v. 12. Vemos de nuevo un cierto número de mujeres griegas que abrazan la creencia de los apóstoles. Mas lo que es especialmente notable y característico es la descripción de la permanencia del grande Apóstol en Atenas. ¡Todo se reunió entonces para persuadirnos de que estábamos en el seno mismo de esta ciudad!

Recorro las calles, las encuentra llenas de monumentos de idolatría, y observa una multitud de estatuas y de altares (en tiempo de los emperadores, embarazaban de tal manera las calles de esta ciudad, que apenas se podían cruzar.) Isterates, Himero, Pausanias, Aristides y Estrabon hablan de la superstición, *ἠδωδωγία*, de los atenienses y de las ofrendas sin número, *εὐχαισται* que estaban colgadas en la bóveda de los templos de sus dioses. *Wolstein*. En la plaza pública, donde se reunían los filósofos, encuentran epicúreos y estoicos; salen de su boca palabras de desprecio. Mas el número de curiosos es aun mayor que el de estos hombres altaneros. Recuérdese la acusación dirigida en otro tiempo a los atenienses por Demostenes y Tucídides, y renovada por S. Lucas: *Pedis siempre alguna cosa nueva*. Aparece ante el arropago, ¿mas cuál fue el discurso de S. Pablo? ¿Qué mitógrafo hubiera podido poner en boca del gran Apóstol unas palabras tan propias a pintar su carácter? Ha visto un altar levantado a *unos Dioses desconocidos*. Pausanias y Filostrato hablan de estos altares (1); y sus

(1) Pausanias, que escribió antes del fin del siglo II, hablando en la descripción de Atenas de un altar levantado a Júpiter Olímpico, añade: Y cerca de aquí se encuentra un altar de dioses desconocidos. *Ἦσσι ποτὶ θεῶν ἄγνωστων ἐστὶ βωγὸς*, 1, 5, c. 44, n. 6. El mismo escritor habla en otro lugar de altares de dioses llamados desconocidos. *Βωγὸς Φιλάτρο, que dice sé a principios del siglo III*, hace decir de *Ἦσσι ποτὶ θεῶν ἄγνωστων ἄγνωστων*, 1, 1, c. 4, n. 4. A Apolonia de Flina que era prudente hablar con respecto de todos los dioses, especialmente de Atenas, donde se levantaban altares a los genios desconocidos. *Via Apoll. Thyra*, 1, 6, c. 5.—El autor del diálogo *Philopatris*, obra atribuida por unos a Luciano, que escribió hacia el año 170, y por otros

curso nos presenta el principio del hexámetro de un dístico griego, y hallamos hasta en *122 el mismo en un poema compuesto por un compatriota del Apóstol, Aratus de Cilicia*, *Phaenomena*, p. 5. Un gran número de hombres no se convirtió a este discurso, como no hubieran dejado de imaginar los mitógrafos: a fin de ensalzar mas la primera predication de san Pablo en la capital de la Grecia; solo algunos se adhhirieron a él. En cuanto a los filósofos, los unos se retiraron con el desden de los epicúreos en los labios; y los otros, verdaderos estoicos, contentos de sí mismos, dijeron: «Os oiremos otra vez.» ¿Estamos sobre el terreno del mito, ó sobre el de la historia?

«Cap. XVIII. El versículo segundo refiere un hecho histórico: la expulsion de los judíos de Roma, por el emperador Claudio, y dice Suetonio: «Judeos impulsore Chresto assidue tumultuantis Roma expulsi Claudius. *Suet., in Claud.*, c. 25.» El 3º nos recuerda una costumbre de los judíos entre los cuales se ocupaban los sabios en hacer fiendas. Esta profecía no hubiera podido alarse en un filósofo griego con la enserchianza; entre los judíos los sabios acostumbraban a ejercerla; y los rabinos se dedicaban entonces a las obras de manufactura, *Nergl.*, *Winer*, *Repostorberuch*, *u. d. W. Handwerke*. El apóstol S. Pablo tiene tambien un motivo particular para elegir esta profesion. En la Sicilia, su patria, se ejercía generalmente, puesto que había allí una especie de cabras cuyo pelo

de un pagano anónimo del siglo IV, hace jurar á Critias por los dioses desconocidos de Atenas, y al fin del diálogo se expresa así: «Mas procuramos descubrir el dios desconocido en Atenas, y levantando catones nuestras manos al cielo, ofreciéndolas, nuestras alabanzas y acciones de gracias.» En efecto a la introduccion de estos dioses desconocidos en Atenas, así aquí como Diógenes Laercio refiere el hecho. En tiempo de Epimanides, cuando se celebraba un concilio, hacía el año 400 antes de Jesucristo, destruyendo una peste esta ciudad, y habiendo declarado el oráculo que para hacerla cesar era necesario purificarla ó expulsarla, *εὐχαισται*, se envió á Creta para hacer venir á este filósofo. Llegado á Atenas, Epimanides tomó ovejas blancas y negras meras, y las condujo é lo alto de la ciudad donde estaba el Arópago, de aquí las dejó marcharse, teniendo cuidado, sin embargo, de hacerlas seguir por cualquier parte por donde fuesen. Mandó en seguida inmolárselas cuando se hubiesen parado ellas mismas, al dios mas cercano ó al dios que conviniere; y consignó el este modo hacer cesar la peste. Anax. Diógenes: «De aqui nace tambien que en el día se ven en los alrededores de Atenas altares sin nombre de dios, *ἀνομῶν*, erigidos en memoria de la epidemia que se hizo entonces.» Diogen. Laert. in Epimen., 1, 4, § 40. Según estos diversos testimonios, es permitido dudar que en la época en que se encontraba S. Pablo en Atenas, había altares con esta inscripcion? Como, por otra parte, niágun monumento histórico manifiesta la existencia de semejante altar, se puede conjeturar que un falsario hubiese aprovechado una circunstancia tan extraordinaria. Véase á M. Glaire, *ibid.*, página 370, 400.

se empleaba en la fabricacion de las telas llamadas por esta razon *zozza*. *Plinius, Hist. nat.* 23. *Serrius, rem. sobre Virgilio*, *Georgicus* 3, 343. Los versículos 12 y 13 presentan tambien con la historia una relacion palpable...

«Hemos examinado solamente algunos pasajes de la obra de S. Lucas; los resultados serian los mismos sobre todos los puntos.... Si pasamos á los últimos capítulos de las *Actas de los apóstoles*, es imposible no admitir que Teófilo conocia la Italia, cuando se ve al autor, al hablar, c. 27, de las riveras del Asia y de la Grecia indicar con cuidado la situacion y la distancia relativa de los lugares que menciona, mientras que á medida que se aproxima á la Italia, los supone todos conocidos; se contenta con citar á Syraeus, á Rhegium, á Pouzzoles, y aun al pequeño mercado de Appio de que habla Horacio, *Horat., Sat.* 1, 3, 3, y las Tres Hosterias (*triveternae*) que Ciceron nos da á conocer, *Ad Atticum* 1, 13. Cuando Josefo y Filón citan la ciudad de Pouzzoles, no emplean, es verdad, la denominacion romana *πυζαλιον*; Josefo, refiriendo en su vida, c. 3, su primer viaje á Roma, cita esta ciudad y la da el nombre griego *Ἰουστιανούπολις*, mas añade: *ἐν πύθωνος ἱερῶν κρήνην*. El mismo nombre se presenta tambien dos veces en sus antigüedades, *Antiq.*, 1, 17, c. 12, § 1 y 48, 7. Succede lo mismo con Filón, *Philo*, in Flaccum, 1, 2, p. 521, 42.

«Y observamos que todo concuerda exactamente con los usos de esta época. S. Pablo trasladado por una nave de Alejandria, desembarcó en Pouzzoles. Ahora bien, sabemos que las naves de Alejandria acostumbraban á abordar á este puerto, *Strab.*, 1, 17, p. 793, *edic. de Casaubon*.—Séneca, *Epistola* 77, *In Græcia* á la introduccion de estos dioses desconocidos en Atenas, así aquí como Diógenes Laercio refiere el hecho. En tiempo de Epimanides, cuando se celebraba un concilio, hacía el año 400 antes de Jesucristo, destruyendo una peste esta ciudad, y habiendo declarado el oráculo que para hacerla cesar era necesario purificarla ó expulsarla, *εὐχαισται*, se envió á Creta para hacer venir á este filósofo. Llegado á Atenas, Epimanides tomó ovejas blancas y negras meras, y las condujo é lo alto de la ciudad donde estaba el Arópago, de aquí las dejó marcharse, teniendo cuidado, sin embargo, de hacerlas seguir por cualquier parte por donde fuesen. Mandó en seguida inmolárselas cuando se hubiesen parado ellas mismas, al dios mas cercano ó al dios que conviniere; y consignó el este modo hacer cesar la peste. Anax. Diógenes: «De aqui nace tambien que en el día se ven en los alrededores de Atenas altares sin nombre de dios, *ἀνομῶν*, erigidos en memoria de la epidemia que se hizo entonces.» Diogen. Laert. in Epimen., 1, 4, § 40. Según estos diversos testimonios, es permitido dudar que en la época en que se encontraba S. Pablo en Atenas, había altares con esta inscripcion? Como, por otra parte, niágun monumento histórico manifiesta la existencia de semejante altar, se puede conjeturar que un falsario hubiese aprovechado una circunstancia tan extraordinaria. Véase á M. Glaire, *ibid.*, página 370, 400.

(1) Arnon, ad Horat., *Serm.* 1, 4, ant. 5, v. 14. «Quia ab Appii foro per paludes navigavit, quas paludes Cæsar, dicitur, vocavit. Porphirius, ad vers. 14. «Pervenisse ad forum Appii indicat, nisi turba esset naturum, item capponum ibi morantium.» Arnon, ad vers. 4. «Per paludes navigavit, quia via intersecans Arnon.» Apud Hugt Euliet, th. 4, seit. 25.

manas, muy cerca de Roma. *Antonini*, *litterarum*, edit *Wesseling*, p. 107, apud *Hug*. *Ibid*, casi en el mismo lugar en que el camino de Velletri conducía á los lagos Pontinos. La multitud era allí menos numerosa y menos agitada: el embarazo era menos grande que en la plaza de Appio, *Horat*, *sat*. 1, *sat*. 3, 3, tambien parece que aquí se encontraba una hosteria para las clases elevadas. *Cicer*, ad *Attic*. 1, 13. Hé aquí por qué esta parte de amigos de S. Pablo le esperaba en este sitio mas conveniente á su rango. Así todo se encuentra exactamente conforme á las circunstancias topográficas, tales como eran entonces, *Hug*, *Enleit*, *th*. 1, *Seit*. 24.

Segun estos documentos, es imposible dudar todavía si, recorriendo las *Actas de los apóstoles*, estamos sobre el terreno de la historia, y debemos reconocer que S. Lucas se encontraba colocado, para escribir la historia, en unas circunstancias tan favorables como Josefo. Si esta relacion palpable que existe entre su narración y los conocimientos que poseemos sobre la historia y la geografía de los judíos y de los paganos, pareciese á alguno de poco peso, que se represente la viva impresión que nos causaría, si, entre los mil puntos que podemos comparar á otros documentos, y donde creemos descubrir contradicciones, vayamos á descubrir la misma armonía.

Ahora bien, esta historia que se halla sobre todo los puntos, conforme á los hechos y á los usos que conocemos por otra parte, nos presenta milagros sin cuento. Muchas veces críticos del temple y del genio del doctor Paulo han deseado que dos clases de personas (un asesor de la justicia designado *ad hoc* y un doctor medicina) hubiesen podido hacer la instrucción de los milagros del nuevo Testamento. Satisface esta doble exigencia. La historia del ciego referida por san Juan, c. 9, fué examinada por los asesores del Sanhedrin de Jerusalem; y cuál fué el resultado de la investigación? *Este hombre ha nacido ciego y Jesus le ha sanado*. En cuanto al doctor medicina, encargado de examinar los milagros, las *Actas de los apóstoles* nos le presentan. S. Lucas fué testigo ocular de todos los milagros obrados por S. Pablo, y nadie seguramente le acusará de una excesiva propension hacia los milagros. Un joven llamado Eutiques, poseído de sueño, habiendo caído en un tercer piso, fué llevado como muerto; se espera quizá verle resucitar con pompa, mas san Pablo se contenta con pronunciar estas palabras consoladoras: «No os turbéis, pues está vivo.» *Actas de*

los apóstoles, xx, 10; Mas de cuarenta judíos reunidos en Jerusalem hicieron voto de no beber ni comer hasta que hubiesen muerto á S. Pablo! Se espera quizá que va ha descender del cielo una aparición para advertir al Apóstol y defenderle; lejos de esto; el hijo de su hermana se le presenta para revelarle la conspiración y Pablo halla un protector en el tribuno de la ciudad, *Act. ap.*, xx, 12 y siguientes.

Llevado por la tempestad á las riveras de la isla de Malta, desembarcó allí y una víbora se abalanzó á su mano; se espera quizá verle pronunciar palabras mágicas: «mas Pablo, dice S. Lucas, habiendo sacudido la víbora al fuego, no recibió mal alguno, *Ibidem*, xxviii, 3.» Sin embargo, sabemos por el testimonio de este historiador y de este médico prudente que «hacia Dios grandes milagros por mano de san Pablo, y que le bastaba poner sobre los enfermos el pañuelo y el lienzo que había tocado su cuerpo, y en seguida quedaban sanos de sus enfermedades y se alejaban los espíritus impuros, *Ibidem*, xxix, 12.» En Malta, sano por sus oraciones y por la imposición de las manos, al padre del hombre mas influente en esta isla, y otros muchos se aproximaron á él y recobraron la salud, *Ibidem*, xxxiii, 9.

San Pedro y san Juan fueron presentados ante el Sanhedrin por haber sanado á un enfermo. S. Pedro tuvo el valor de echar en cara á los poderes del pueblo la muerte del Mesías; el hombre que habían curado estaba de pié en medio de ellos, y los miembros del Sanhedrin se pasmaron y fueron poseídos de temor, viendo que sus discípulos poseían tambien el poder que creían haber aniquilado matando á Jesus, y que podían volver la vida á los muertos. No ensayaron refutar la acusación dirigida contra ellos á san Pedro; no pudieron negar el prodigio que habían visto, y condenar á muerte á los que lo habían obrado. La impresión de la multitud fué tan grande, que á continuación de este milagro abrazaron la nueva fe cinco mil hombres, y no quedó mas medio á los miembros del Sanhedrin que mandar prender á los dos discípulos de Jesus y recomendarles el silencio. *Actas de los apóstoles*, iv. Y todos los milagros que obraban los hacían á nombre de uno solo. «No tengo oro ni plata, decía S. Pedro, pero lo que tengo le doy: en nombre de Jesucristo de Nazareth levántate y anda, *Ibidem*, iii, 6.» Lo vemos, el que había prometido á su Iglesia permanecer con ella hasta el fin del mundo ha cumplido su promesa. Segun los creyentes la acción creadora y

conservadora de Dios en el gobierno del universo es absolutamente una; sucede á la misma manera en su Iglesia. Jesucristo no fué como el sol de los trópicos que aparece en el horizonte sin ser precedido de la aurora y se oculta sin dejar ninguna huella en pos de sí. La aurora de las profecías le había anunciado al mundo mil años antes de su nacimiento, y los milagros obrados en su Iglesia mucho tiempo despues de su desaparición fueron como el crepusculo que comprobó su pasaje. Este poder activo de producir milagros sin cesar en la Iglesia de Jesucristo, puede haber faltado á su fundador?

En las *Actas de los apóstoles*, S. Pablo se nos presenta como un hombre que inspira admiración á los espíritus mas fríos. ¿Quién puede rehusarla á su valor en presencia de Festo, cuando llega á ser tan importante al mismo gobernador romano que el rey Agrippa quiere conocer á este hombre extraordinario? *Actas de los apóstoles*, xxv, 22. ¿Quién puede dispensarse de admirar el valor y la oportunidad que brillan en su discurso al rey Agrippa, *Ibidem*, 26. Ugl Tholuck's *Abhandlung in den studien und kritiken*, 1833, h. 2; el valor, la prudencia y la moderación que manifestó cuando la nave sobre que se encontraba fué batida tan violentemente por la tempestad, *Actas de los apóstoles*, cap. 27? Luego que la historia de S. Pablo, y sus palabras, que nos han sido transmitidas por una mano extranea, nos han hecho conocer, ¿cuán ardiente deseo se experimenta de oírle á él mismo! Este carácter lleno de valor no es el de un impostor; esta moderación y esta prudencia no indican un fanatismo, los hechos del cristianismo y el fundador de esta Iglesia deben ser realmente tales como nos los presenta.

Tenemos de S. Pablo trece epístolas (1) que nos revelan suficientemente sus pensamientos. La nueva critica ha reconocido la autenticidad de las principales de ellas. Ahora bien ¿que relacion presentan con las *Actas de los apóstoles*? Confirman el juicio que formamos segun las *Actas* sobre el carácter de la historia evangélica? Nos manifiestan á S. Pablo siempre el mismo en todas las circunstancias: inamovible, lleno de valor y de alegría en medio de las cadenas. Recorramos en particular a carta á los *Filipenses*, y recordémos que el hombre que escribía: «*Regoctijos*, mis

(1) Todo el mundo sabe que las epístolas que tenemos en nuestras biblias, bajo el nombre de S. Pablo, son en número de catorce; no pretendemos en manera alguna adoptar la opinion de Tholuck que parece reducir á trece.

muy amados hermanos; *regoctijos* sin cesar en el Señor; otra vez todavía; *regoctijos*; *Epístola á los Filipenses*, iv, 4, que este hombre tenia entonces las manos cargadas de cadenas, *Actas de los apóstoles*, xviii, 20. Su moderación, su prudencia y su actividad aparecen en todas sus cartas y especialmente en las dirigidas á los *Corintios*, mientras que en su epístola á los *Colosenses*, *Epístola á los Colosenses*, ii, 46 y 23 se ve brillar su indignación contra la piedra exterior y las observancias supersticiosas. Y este hombre mismo, lleno de moderación nos representa los prodigios, los milagros y las profecías como unos acontecimientos que han marcado casi todos los instantes de su vida. Las *Actas de los apóstoles* habían hablado de las visiones durante las cuales Jesucristo se apareció á este apóstol arrebatado en éxtasis, *Actas de los apóst.*, xxii, 17; xxiii, 11. Refere él mismo estas apariciones milagrosas y estos éxtasis, *Epíst. II á los Corintios*, xi, 12, y vemos tambien aquí una prueba de su moderación, puesto que no habla de ello mas que en este pasaje. Las *Actas de los apóstoles* le han atribuido el poder de hacer milagros; él mismo habla «de las obras, y de la virtud de los milagros y prodigios que ha obrado á fin de propagar el Evangelio (1). — Las *Actas de los apóstoles* refieren el don milagroso de las lenguas concedido á los primeros discípulos del Salvador, y san Pablo da gracias á Dios de que posee este don en un grado mas elevado que los demás, *Epístola I á los Corintios*, xxv, 18. Segun sus discursos, referidos en las *Actas de los apóstoles*, la aparición de Jesu-

(1) *Epístola á los Rom.*, cap. 15, v. 19. *Epístola II á los Corintios*, cap. 13, v. 12. «Que la anticipa hacia los milagros basta realizar en globo como no históricas todos los pasajes del Evangelio y de las *Actas de los apóstoles*, en que nos aparecen mas bien que eodér á la evidencia de la verdad, y debemos aprendernos de esto, cuando vemos á los evagétas áncoras con su línea todos los puntos de esta obra milagrosa que las armas tajantes de la critica han sido impotentes para destruir? Así, segun *Reiche* los prodigios *spécies* y los milagros *reprocha* de que S. Pablo afirma ser el autor, no eran mas que unos de los nuevos convertidos. El doctor de *Wette*, no ha creído poder aprobar esta pretension de los evagétas; reconoce que S. Pablo, en estos dos pasajes, habla de sus milagros; sin embargo, se apresura á decir, mas para determinar la significación exacta de los *reprocha*, *reprocha* nos fallan los medios en atención á que las manifestaciones son poco considerables. Mas qué! el mismo Apóstol no hace una larga enumeración de los prodigios y milagros obrados en la Iglesia? Esta precisa indicación no espere ninguna luz sobre este punto? Es necesario confiar que los milagros separados por la critica del cuerpo de los evangelios reaparecen en las *Actas de los apóstoles*, y aun cuando se les ha separado con mucha dificultad, no es necesario reconocer tambien que los epístolas de S. Pablo nos las presentan en tan gran número que desfilan ya la línea de los evagétas y ya tambien á las armas tajantes de la critica?

cristo determina toda su conducta, *Actas de los apóstoles* xxii, 40, xxvi, 43; en sus cartas habla de este acontecimiento como del más importante de su vida; unas veces con su noble orgullo, pues funda en él su derecho de apóstolado, *Epístola I a los Corintios*, ix, 1, y otras con la expresión del dolor que le inspira el recuerdo de sus persecuciones contra el Hijo mismo de Dios, *Ibid.*, xv, 4, 9. Principia casi todas sus epístolas declarando que ha sido llamado al apóstolado, no por la voluntad de los hombres, sino por un decreto milagroso de Dios. Las *Actas de los apóstoles* nos le manifiestan siempre el mismo en medio de las aflicciones, y siempre bajo la protección milagrosa de Dios; tal nos aparece en sus epístolas á los Corintios, *Epístola II á los Corintios*, vi, 4, ix, 11; xii, 28. Muchas veces hablan las *Actas de los apóstoles* del poder de hacer milagros concedido á la Iglesia, y S. Pablo presenta como un hecho muy conocido este poder, de que gozaban los primeros cristianos, *Epístola primera, á los Corintios*, xii, 8, 10, 14. Y el mayor de todos los milagros, es que entonces cuando los manifiesta obrándose así continuamente, no cuenta sobre la producción de ninguno. Sabe que una aparición celestial ha hecho caer las cadenas de los manos de san Pedro; no ha olvidado que en Filipos, durante un tormento, se abrieron las puertas de su prision, y los verros de todos los prisioneros fueron quebrantados, *Actas de los apóstoles*, 16; y sin embargo, en toma lleva las cadenas sin pensar en la intervención de ningún acontecimiento extraordinario; — no sabe si será condenado á muerte ó puesto en libertad, *Epístola á los Filipenses*, i, 20. En todos sus discursos, desde Cesarea hasta Roma, y en las cartas que escribió durante su cautividad, no se halla una sola palabra que indique que una aparición milagrosa le libraré quizá... ¿Este hombre no podía, igualmente que los judíos, comprobar la existencia de un milagro? Tholuck; *Glaubw. der ev. Gesch. 2te Aufl.*, página 370, 394.

» Teníamos, pues, razón en decir, al principio, que se puede independientemente de los Evangelios, reconstruir la historia de Jesús. Véase, en efecto, Strauss los rechaza, y con él los separamos por un instante del canon de los Libros santos; pues colocamos las *Actas* á la cabeza del Nuevo Testamento. Una vez probado su carácter histórico, las abrimos, y una nueva serie de milagros obrados por los apóstoles se presenta á nosotros; y si les preguntamos quién les ha dado el poder de sembrar así los prodigios

sobre sus pasos, nos responden: « Jesús de Nazareth. » Les preguntamos entonces, ¿quién es este Jesús de Nazareth? Proclaman que es un hombre en quien Dios ha dado testimonio por las maravillas, los milagros y los prodigios que le ha concedido hacer, *Act.*, 11, 22; después nos refieren su nacimiento maravilloso, su vida, su muerte sobre una cruz, su resurrección y su ascensión á los cielos. ¿Qué queréis todavía?

En el sistema de Strauss, el cristianismo queda un efecto sin causa. Si Cristo no ha sido más que una sombra, ¿cómo á su nombre se ha hundido la antigua sociedad para hacer lugar á la nueva? El universo se ha conmovido, mas el motor escapa! ¿Qué, estos mil testigos, cuya constancia y virtud admiró el mundo, y que sellaron con su sangre su testimonio inmortal, espíriaran en las torturas por una sombra, por un fantasma salido de las imaginaciones populares!

¿De qué sirve á racionalista Strauss, haber despojado á Cristo de todos los rayos de su gloria? Su grandeza personal no solamente está en el Evangelio; aparece también mesiánica y omnipotente en la conversión del universo, que ha seguido su último suspiro sobre la cruz. Strauss nada ha ganado con rechazar los milagros. Debe saber que el prodigio no está todo enteramente en el agua convertida en vino en las bodas de Caná, sino mas bien en el cambio del mundo pagano, en el imperio de los Césares, aterrados de estupor como los soldados del sepulcro, en los bárbaros dominados por el dogma de los pueblos que han vencido, en los esfuerzos de los paganos, de los sectarios de los diferentes siglos, y en último lugar, de los filósofos y de los revolucionarios, para aniquilar la Iglesia de Cristo, mientras que no han hecho más que afirmarla sobre la roca antigua é inamovible donde la ha fundado. ¿Quién podrá creer jamás que la incomparable originalidad de Cristo, no sea más que una imitación perpetua de lo pasado, y que el persigimiento perpetuo de la historia no haya naje mas comprobado de la historia no haya tenido nada de real, y que el Evangelio tan palpable por su unidad, no sea más que un compuesto de doctrinas verdidas á la ventura?

Si nada hay real en la vida de Jesús, ¿qué corteza halláramos en las demás partes de la historia? Dónde se fijará este escepticismo desolador? Hé aquí, pues, á dónde han llegado en fin, los que han sacudido el yugo de la Iglesia católica! Hé aquí, pues, donde estaría el mundo, si Dios, para la salvación de la pobre humanidad, no hubiese estable-

cido sobre la tierra una autoridad visible y siempre subsistente!

Subdiáconado, subdiácono. El subdiáconado es una orden eclesiástica inferior á la del diácono, como lo expresa su nombre, pero que se mira en la Iglesia latina como una orden sagrada y como una de las tres órdenes mayores, S. Cipriano y el papa S. Cornelio hacen mención de ella en el siglo III. En la Iglesia griega el subdiácono, llamado *υποδιακον*, se ordena por la imposición de las manos, con una oración que reza el obispo, y que expresa la santidad de las funciones de esta orden. En la Iglesia latina, el obispo, después de invocar para el ordenando arrodillado la intercesión de los santos y representarle los deberes á que va á sujetarse, le hace tocar el cáliz y la patena vacíos, le vierte las virtudes que debe tener y hace una súplica por la que pide á Dios para él los dones del Espíritu Santo; le reviste en seguida de la dalmática, y le pone en la mano el libro de las epístolas que se cantan en la misa; esta última ceremonia no es antigua.

Esta diferencia de ordenación ha hecho pensar á muchos escolásticos que ni el subdiáconado, ni las órdenes menores son sacramentos; pero la mayor parte de los teólogos piensan lo contrario, y dimos la razón de esto en la palabra *Ordex*.

Entre los griegos las funciones del subdiácono son preparar los vasos sagrados necesarios para la celebración del santo sacrificio, y que deben ser llevados al altar por el diácono; guardar las puertas del santuario durante esta celebración; apartar de él á los catecúmenos y á todos los que no deben asistir á ella. Entre los latinos su cargo es preparar no solamente los vasos sagrados, sino también el pan y vino para el santo sacrificio, presentarlos al diácono, recibir las oblationes de los fieles, cantar la epístola en la misa, purificar los vasos y lienzos después del sacrificio, y en muchas Iglesias, llevar la cruz en la procesion.

En la Iglesia griega, los subdiáconos no están sujetos á la ley del celibato, como lo están en la latina, al menos desde el siglo VI, y al rezo del breviario y del oficio divino.

Algunos autores pretenden que en otro tiempo los subdiáconos eran los secretarios, los mensajeros, y comisionados de los obispos; que estaban encargados de las limosnas y administración de lo temporal de la Iglesia, juntamente con los diáconos.

En la palabra *Ordex* hicimos ver que el motivo de la institución del subdiáconado y de las órdenes menores no fué la negligencia, la

mollicie, el fausto ni la ambición de los obispos, como lo creyeron los protestantes; sino el respeto al santo sacrificio de los altares, y la alta idea que de él se quería dar á los fieles. Por esta razón eran necesarias ceremonias, un exterior pomposo, un número de ministros subordinados unos á otros, y encargados de diferentes funciones. Si se hubiese tenido de la consagración de la Eucaristía una idea tan baja como la que de ella tienen los protestantes, no se hubiera pensado jamás en presentarla con semejante aparato; y si se hubiese creído, como ellos, que la consagración es la simple representación de la última cena de Jesucristo, se hubiera celebrado de una manera tan sencilla como ellos; la omisión que han hecho de todo el ceremonial atestigua la novedad de su doctrina.

Subintroducida. V. AGAPETA, SUBDIACONARIO. V. SUPRALAPSARIOS.

Sucesion de los pastores de la Iglesia. Los teólogos católicos sostienen contra los protestantes, que la ordenación establece entre los pastores de la Iglesia una sucesion constante; de manera que el carácter, los poderes, la jurisdicción del predecesor, pasan y se comunican sin disminución alguna al sucesor; que sin esta sucesion, la Iglesia no podría subsistir. Esta verdad se funda en las mismas razones que prueban la necesidad de la *misión*. Véase esta palabra. De este modo los apóstoles han transmitido á los obispos y á los pastores que ordenaron, su carácter, sus poderes, su jurisdicción sobre los rebaños que habían reunido, ó sobre las Iglesias que habían fundado, y cuyo gobierno se confió á esos mismos pastores; por consiguiente san Pedro transmitió á sus sucesores la jurisdicción y autoridad que le confirió Jesucristo sobre la Iglesia universal.

Segun la doctrina de Jesucristo y sus apóstoles, no hay Iglesia sin pastor, no hay pastor sin *misión*, *misión* sin sucesion, y la sucesion se funda en la ordenación; sobre esta cadena indisoluble está establecida la perpetuidad de la Iglesia.

Así lo enseña san Pablo, *Eph.*, iv, 11. Dice que Jesucristo « dió los unos por apóstoles, los otros por profetas; estos para evangelizar, aquellos por pastores y doctores; que su ministerio y trabajo se dirigen á la perfección de los santos y edificación del cuerpo de Jesucristo, hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, para que no seamos arrastrados á todo viento por cualquiera doctrina. » El